



La traducción del dolor: sobre «La gestión del dolor», de Bharati Mukherjee

The Translation of Sorrow: on “La gestión del dolor”, by Bharati Mukherjee

ISABEL ALONSO-BRETO

Universitat de Barcelona, Gran Via de les Corts Catalanes, 585. 08007 Barcelona.

Dirección de correo electrónico: alonsobreto@ub.edu

ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-5684-7399>

Recibido: 12/11/2018. Aceptado: 16/4/2019.

Cómo citar: Alonso-Breto, Isabel, «La traducción del dolor: sobre “La gestión del dolor”, de Bharati Mukherjee», *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 21 (2019): 695-701.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.21.2019.695-701>

Resumen: Reflexión personal sobre algunos dilemas éticos en torno de la traducción del relato de Bharati Mukherjee «The Management of Grief» (traducido como «La gestión del dolor»), que se hacen extensivos a la dificultad y las complejidades de trabajar en el ámbito de los Estudios Poscoloniales.

Palabras clave: Bharati Mukherjee, ética de la traducción, estudios poscoloniales, estudios poscoloniales y traducción, ética y estudios poscoloniales.

Summary: Personal reflection around some ethical qualms regarding the translation of Bharati Mukherjee's short story "the Management of Grief" (translated as "La gestión del dolor"), which are then made extensive to the complexity and difficulties of working in the area of Postcolonial Studies.

Keywords: Bharati Mukherjee, ethics of translation, postcolonial studies, postcolonial studies and translation, ethics and postcolonial studies.

Lloré cuando traducía «The Management of Grief», en castellano «La gestión del dolor» (Mukherjee, 2018), el cuento de Bharati Mukherjee que narra la tragedia de las familias que fueron brutalmente destrozadas en el atentado del Air India 182 ocurrido en 1985. Fue hacia el final, al traducir la frase «I heard the voices of my family one last time», que yo traduje como «Escuché las voces de mi familia por última vez». Este es el momento en que Shaila Bhave, la protagonista del cuento, comienza a salir del lóbrego túnel que ha habitado desde la muerte de sus seres queridos, el túnel intransitable del dolor, el pozo sin fondo del duelo. Sin embargo, pese a que este es un momento relativamente positivo para ella, y aunque la totalidad del relato de Mukherjee rezuma dolor y tragedia, mientras traducía a mí me

resultó insoportable este momento: la idea de que sus seres queridos dejaran de hablarle para siempre, dejaran de estar con ella, a su lado, acompañándola como habían hecho desde que murieron en el atentado.

No fue un llanto vistoso o sonoro, solo sucedió que se me humedecieron los ojos y al mismo tiempo se me encogió el corazón. Es una expresión hecha pero a veces pasa: el corazón parece que da un vuelco, y se pone como una piedra, como si no quisiese seguir siendo permeable a emociones que lo superan, en este caso una tristeza sofocada, que venía sintiendo cada vez que me sentaba a avanzar la traducción, y que de repente, al leer aquella frase, se mostró inmensa. Y ahí paré, incapaz de soportar el pensamiento de tan enorme sentimiento de pérdida. Si ya pensar este sentimiento es paralizante, ¿cómo debe de ser el sentirlo? –Al cabo de unos instantes mi corazón fue recobrando su textura normal, porosa y frágil. Pero yo seguí –y sigo– horrorizada por la magnitud de la tragedia de Shaila.

Y volví a preguntarme por qué estaba traduciendo esa historia, cómo podía estar decidiendo qué palabra elegir y qué giro de frase tomar para que la traducción quedase más limpia, más fiel, más legible. Volví a sentirme una intrusa, alguien que trivializa el dolor insoportable de una mujer que ha perdido a sus hijos y a su marido en un zarpazo despiadado del azar. ¿Qué valor tiene el lenguaje, las lenguas, frente una vivencia tan terrible como la que le sucedió a Shaila (y a Kusum, al doctor Ranganathan, a tantos cientos de personas que perdieron a sus seres más cercanos y queridos en el atentado)? ¿Qué me da derecho a mí, una extraña, a interferir en sus sentimientos de este modo, instrumentalizándolos al servicio de una mera traducción?

La primera vez que pensé en traducir «The Management of Grief» fue en un congreso celebrado en la Universidad de Zaragoza. Había preparado una comunicación sobre esta historia en castellano, de manera que hube de traducir algunas citas, además del título, y ahí pensé que no estaría de más verterla al castellano, puesto que había bastantes personas entre el público que al no saber inglés no la podrían leer aunque quisieran. Comencé aquella presentación diciendo lo que quiero decir ahora al escribir este texto: que me disculpo, que en cierto modo me avergüenzo de atreverme a tomar el dolor de todas esas personas como un motivo de discusión académica. En aquella comunicación, que ahora existe convertida en artículo (Alonso-Breto, 2017), comparaba la tragedia de Shaila y de «los familiares» (como llama Shaila a esa comunidad lacerada de la que ha pasado a formar parte por una jugada cruel del destino) con la cristalización de toda diáspora en un país de acogida. La ponencia equiparaba con la debida distancia y respeto, el

profundo dolor que une a estas personas del cuento con el dolor por la pérdida del lugar de origen que caracteriza la vida del desplazado. También encontré un paralelismo (y lo sigo viendo) entre el inesperado desentendimiento que Shaila y los familiares de las víctimas percibieron en la sociedad canadiense cuando sucedió el atentado, y las múltiples formas de desafecto que las sociedades de destino brindan con frecuencia a las comunidades de emigrantes o refugiados, que basculan entre una indiferencia manifiesta hasta una hostilidad letal. Como a menudo sucede con las diásporas, la diáspora de «los familiares» del cuento se ve condenada a vivir su amarga experiencia en una especie de limbo entre el lugar de origen ancestral y el de residencia, y el hecho de que la explosión del Air india 182 ocurriese en medio del océano, y que los familiares tuviesen que viajar a Irlanda para identificar los pocos cadáveres que se encontraron, corrobora este paralelismo, pues en Irlanda esos familiares se encuentran, literalmente, entre América y Asia, es decir, «atrapados entre dos mundos», como expresa Shaila en el cuento. Pero se encuentran también ajenos a esos dos mundos, ensimismados en su propio dolor insoportable. Junto a estos paralelismos, en aquella comunicación defendí, por último, que el momento en que Shaila siente que su marido y sus hijos la abandonan de manera definitiva, después de meses de pasar con ella día y noche en su mente acompañándola y acompañando su dolor, y ella se ve por fin con energía para tomar las riendas de su destino –ha superado la fase más aguda del duelo–, ese momento simboliza la inminente penetración en el tejido político de Canadá de los emigrantes no blancos (los que en su mayoría llegaron en los años 60 y 70 del siglo pasado; por lo demás todos son emigrantes en Canadá, como lo somos todos en todas partes), su autoproclamación como canadienses de pleno derecho, y su acceso a un sentido de agencia y ciudadanía que hasta entonces no había sido real del todo. Esto es lo que argumenté en la Universidad de Zaragoza, y me atreví a escribir después, sobre el dolor de Shaila y de «los familiares». Por eso sentí que debía empezar mi presentación, y mi artículo, pidiendo disculpas sobre mi propio trabajo, y asegurando que nada más lejos de mi deseo que trivializar el dolor de todas esas personas en un mero (y repito aposta la palabra «mero») empeño académico.

No contenta con eso, he decidido traducir la historia. Y todavía no sé muy bien por qué lo he hecho, del mismo modo que no sé por qué la presentación, por qué el artículo. Supongo, repito, que por eso escribo ahora este texto, para indagar las razones.

Lo primero que me viene a la cabeza es la autora del cuento, Bharati Mukherjee. Si ella tuvo el coraje para escribir esta historia, que es tan importante pero tan difícil, por qué no habría de ser yo también valiente y traducirla, solo eso, tan poca cosa en comparación. Pero Bharati Mukherjee hizo algo que yo no he hecho: conoció a Shaila Bhave. Ella conoció a decenas de personas que perdieron a sus familias en el atentado, habló con ellos durante horas y días, compartió su dolor. Finalmente, incluso escribió un libro sobre ellos, junto con su marido, Blaise Clarke, para llamar la atención sobre el trato lamentable que recibieron esos «familiares» por parte de la sociedad y el Gobierno canadiense, para hacer público su dolor y reivindicar su categoría de seres humanos. Y valió la pena que lo hiciese. Fue un gesto de coraje porque ella dijo lo que no dijo nadie más, o al menos no con la misma energía y empeño. Ese gesto, los cientos de conversaciones, sollozos y silencios, incluso seguramente calladas sonrisas de resignación, que yacen detrás de ese libro, le dieron derecho a Bharati Mukherjee a escribir la historia de Shaila Bhave. Porque conocía a esas personas. Porque se lo había ganado.

Pero ese no es mi caso. Yo me he ganado ese derecho. ¿O sí?

Quizás esas razones: llamar la atención sobre el trato lamentable que los familiares recibieron por parte de la sociedad canadiense, hacer público su dolor y reivindicar su categoría de seres humanos, también sean suficientes para justificar mi intrusión, en todas sus formas. Es cierto que, con el paso del tiempo, la sociedad canadiense se ha hecho más conscientemente multicultural, y que el Gobierno canadiense se disculpó públicamente en 2006 (¡cuando habían transcurrido más de veinte años!) por la indolencia con que se trató a los familiares en todo momento –un gesto institucional que no tiene por qué reproducir el sentir de la sociedad civil, aunque hay que confiar en que sí que lo hace–. Pero aunque esta parezca una cuenta saldada (dudo que para todos), no está de más recordar los errores pasados para no volver a cometerlos. Y quizás tampoco está de más recordar que el dolor del otro siempre es dolor, y siempre es humano, pertenezca al grupo que sea. Es un pequeño consuelo pensar que quizás estas justificaciones tengan también su razón.

Quizás no está de más recordarnos, una y otra vez, que el otro también es humano. Porque temo que tendemos a olvidarlo.

Yo sigo sin entender muy bien por qué vivimos en sociedades multiculturales en las que nos tratamos unos a otros como desconocidos (muy educados, eso sí, y políticamente correctos casi siempre). Como si por tener distintos tonos de piel y color de cabello o hablar distintas lenguas

perteneciésemos a especies distintas. Es una sensación que tengo con mucha frecuencia, y no sé si algo tan humilde como una traducción (aunque sea de una historia grandiosa como la que escribió Bharati Mukherjee) puede contribuir en alguna medida a paliar esta distancia ficticia. Supongo que quizás puede servir como gesto. Al fin y al cabo eso es todo lo que está en nuestras manos hacer, pequeños gestos.

Se me ocurre otra razón para justificar mi intrusión, y es el hecho de que la explosión del avión no fue un accidente, sino que fue un atentado. Fueron mentes humanas las que elaboraron esa narrativa de destrucción y dolor, manos humanas las que fabricaron aquellas bombas que estallaron en aquellas maletas que viajaban en aquel avión. Vivimos en un mundo sacudido por el terror a diario; las bombas no solo explotan en Europa o en Occidente; en Siria, en Palestina, en Afganistán y en muchos otros lugares del mundo ese terror es un acontecer habitual, aunque nos cueste creerlo y nos escandalicemos tanto cuando de manera ocasional su estallido afecta nuestra zona de confort. Sin embargo, pese a que el terrorismo es algo casi rutinario, yo no puedo reconciliarme con la idea de que mentes humanas idearon esas bombas que explotaron en el Air India 182, que manos humanas cargaron las maletas en el avión. ¿Cómo es posible que seamos capaces de causarnos tanto dolor unos a otros? Y entonces, ¿Hay alguna remota posibilidad de que acceder al dolor de otras personas nos haga más cuidadosos en este sentido? Quizás ahí, precisamente, el sentido del cuento, de la traducción, del artículo: acercar a los demás –acercarnos– la humanidad del otro, su capacidad de dolor y de amor.

Supongo que ahí está el sentido de soportar del dolor que produce dedicarse a los que llamamos, quizás un poco a la ligera, Estudios Poscoloniales. Quizás ese sea el sentido de estudiar realidades como las agresiones coloniales, tan gratuitas y mortíferas, como la esclavitud y la trata Atlántica, que continúan hoy en día en muchas formas y lugares en forma de tráfico de personas, como las innumerables matanzas, incluso los genocidios... en fin, la barbarización del ser humano sobre el ser humano. Sí, ahí debe de estar el sentido de todo este empeño: en intentar recordarnos una y otra vez, pese a nuestro instinto olvidadizo, nuestra humanidad. Nuestra mera humanidad.

No sé si todo esto justifica traducir una historia tan dolorosa como «La gestión del duelo», pero espero que sí. A mí el dolor de Shaila, el dolor individual y puntual de esta mujer que ha perdido a marido y sus hijos en una explosión producida por manos humanas, me produce vértigo. Pensar en los cadáveres de esos muchachos, como los de los varios cientos de personas

que volaban en el avión, flotando en el inmenso Atlántico hasta que su último hueso se descomponga y su memoria se pierda en la memoria de generaciones, me produce un sentimiento que no puedo calificar. Y por supuesto que esta imagen, la de esos cuerpos que se precipitaron al océano desde un avión en llamas partido en dos y se perdieron allí para siempre, me hace pensar en todos los cadáveres que se encontrarán en esas aguas heladas. Para empezar, de los millares de personas que perdieron la vida en la trata atlántica, que mencionaba hace un momento. Sabemos cuál fue el remedio para evitar esas muertes: poner fin a la institución de la esclavitud, evitar aquello que estaba sucediendo. Pero todos esos cadáveres de otro tiempo en el fondo del Atlántico también me hacen pensar, no puede ser de otro modo, en las personas que en nuestros días están muriendo a diario en distintos mares del mundo en botes salvavidas, lanchas, balsas, cayucos. ¿Qué manos han fabricado estas bombas, dónde se han colocado estas maletas –quién lo ha hecho– para que tantas vidas humanas se pierdan? Aquí la cuestión de la culpa se vuelve más insidiosa, menos fácil de dilucidar. Y una vez más, el sentimiento es de total desconsuelo, empeorado por el hecho de que ahora la situación es tan grave, en tantos lugares del mundo, que esta vez no sabemos qué hacer, o cómo actuar. Seguramente podemos hacer muchas cosas, y entre ellas nos quedan, repito, los pequeños gestos, como un relato que denuncie, un artículo, una traducción.

Se me ocurre, por último, que traducir «La gestión del dolor», tratar públicamente esos temas escabrosos, escribir artículos removiendo las heridas y el dolor humanos, quizás sea también una forma de penitencia. No solo una manera de informar sobre y revivir la historia para evitar repetirla; no solo una manera de recordarnos la humanidad del otro, que es también la nuestra. Quizás traducir este relato de Bharati Mukherjee, escribir sobre él y sobre otras historias igual de terribles, sea también una manera de purgar una culpa. Porque de alguna manera también soy yo –pues somos *nosotros*– quien fabrica esas bombas, quien las sube al avión, quien permite que esos hombres, mujeres y niños mueran en el mar a diario.

Espero que Shaila Bhave y los familiares perdonen, en fin, mi intrusión. Que condonen mis buenas intenciones (aunque sé que el infierno está lleno de ellas). Siento por ellos, que también son yo, una gran compasión. Quizás no es mucho, o no es apropiado, o no les ayuda de la manera correcta, pero yo espero haber podido, al menos, acompañar su dolor leyendo, interpretando, traduciendo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alonso-Breto, Isabel (2017), «Homing Sorrow: Bharati Mukherjee's 'The Management of Grief' as Metadiasporic Narrative and Inscription of Political Empowerment», *Miscelánea*, 56, pp. 13-31.

Mukherjee, Bharati (2018), «La gestión del dolor», trad. Isabel Alonso-Breto, *Hermeneus: Journal of Research in Translation and Interpreting*, 20, pp. 609-625, disponible en <https://revistas.uva.es/index.php/hermeneus/article/view/2419>. DOI: <https://doi.org/10.24197/her.20.2018.609-625>